

Encender la hoguera

Jack London

Despuntaba el día frío y gris, desmesuradamente frío y gris, cuando el hombre se alejó del camino principal del Yukón y trepó por el barranco para tomar una senda muy poco transitada y apenas visible que discurría hacia el Este a través de un bosque de falsos abetos. La pendiente era muy pronunciada y, con la disculpa de mirar el reloj, el hombre se detuvo a tomar aire tras alcanzar la cima. Eran las nueve en punto. No se veía ni rastro de sol, a pesar de que no había una sola nube en el cielo. Era un día despejado y, sin embargo, la ausencia de sol parecía cubrir la faz de la tierra con un intangible paño mortuorio, una sutil melancolía que oscurecía el día. Al hombre no le preocupaba. Estaba acostumbrado a la ausencia del sol. Llevaba varios días sin verlo y sabía que aún pasarían unas cuantas jornadas antes de que la alegre esfera asomara fugazmente al sur, sobre la línea del horizonte, y desapareciera en cuestión de segundos.

Lanzó una mirada al camino por el que había llegado hasta allí. El Yukón, con sus mil seiscientos metros de orilla a orilla, yacía sepultado bajo un metro de hielo. Sobre el hielo se acumulaba más de un metro de nieve. Todo era un manto blanco e inmaculado, con suaves ondulaciones allí donde las bajas temperaturas habían formado grandes masas de hielo. De Norte a Sur, hasta donde alcanzaba la vista, la blancura se extendía sólo interrumpida por una línea oscura y fina que se curvaba y retorció al Sur, desde la isla cubierta de falsos abetos, y se curvaba y retorció al Norte, donde desaparecía tras otra isla igualmente cubierta de abetos. Esta línea oscura y fina era el camino —la ruta principal— que recorría casi ochocientos kilómetros en dirección Sur hasta el Paso de Chilccot, Dyea y el agua salada; ciento cincuenta kilómetros en dirección Norte hasta Dawson, y otros mil seiscientos hasta Nulato, para terminar en St. Michael, a orillas del mar de Bering, a dos mil cuatrocientos kilómetros de donde se encontraba.

Ninguna de estas cosas —la ruta larga, fina y misteriosa, la ausencia de sol en el cielo, el frío atroz y extraño que todo resultaba en su

conjunto— impresionaban al hombre en absoluto. Y no es que estuviera acostumbrado. Era un recién llegado al territorio, un *chechaquo*, y aquél sería su primer invierno; su problema era que carecía de imaginación. Era listo y despierto para las cosas de la vida, pero sólo para las cosas; no se adentraba en sus significados. Cuarenta y cinco grados bajo cero significaban cuarenta y cinco grados por debajo del punto de congelación. El hecho se traducía en que hacía mucho frío y estaba incómodo, nada más. No lo llevaba a reflexionar sobre su fragilidad frente a las bajas temperaturas, sobre la fragilidad del ser humano en general, una criatura sólo capaz de vivir dentro de ciertos límites de frío y de calor; ni tampoco a perderse en conjeturas sobre la inmortalidad y el lugar que ocupa el ser humano en el universo. Cuarenta y cinco grados bajo cero equivalían a que el hielo cortaba como un cuchillo y que había que protegerse con manoplas, orejeras, unos mocasines calientes y calcetines gruesos. Cuarenta y cinco grados bajo cero eran para él exactamente cuarenta y cinco grados bajo cero. No le cabía en la cabeza que pudieran ser otra cosa.

Mientras daba media vuelta para seguir su camino escupió para ver qué pasaba. Se llevó un sobresalto al oír un chasquido seco, semejante a una explosión. Volvió a escupir. Y una vez más la saliva restalló en el aire antes de caer en la nieve. Sabía que a cuarenta y cinco grados bajo cero la saliva crujía al entrar en contacto con la nieve, pero no que restallara en el aire. Seguramente la temperatura era inferior a cuarenta y cinco bajo cero, aunque ignoraba cuánto. Pero la temperatura no le importaba. Se dirigía a un antiguo campamento situado en la horqueta izquierda del arroyo Henderson, donde lo esperaban sus compañeros. Ellos ya habían llegado atravesando la divisoria del arroyo Indian, mientras que él prefirió dar un rodeo para estudiar la posibilidad de explotar la madera de las islas del Yukón la próxima primavera. Llegaría al campamento a las seis en punto; para entonces ya habría oscurecido, cierto, pero los muchachos habrían encendido una fogata y tendrían preparada una cena caliente. En cuanto al almuerzo... palpó con la mano el bulto que asomaba bajo su zamarra. Lo llevaba debajo de la camisa, envuelto en un pañuelo y en contacto con la piel desnuda. Era la única manera de evitar que

se congelara. Sonrió con satisfacción al evocar los dos panecillos abiertos por la mitad y empapados en grasa, que contenían sendas lonchas de panceta frita.

Se adentró por el bosque de falsos abetos, hundiéndose en la nieve. Apenas se distinguía la senda. Se habían acumulado treinta centímetros de nieve desde que pasó por allí el último trineo, y se alegró de viajar a pie y ligero de equipaje. A decir verdad, sólo llevaba su almuerzo envuelto en el pañuelo. Le asombró sin embargo la intensidad del frío. Hacía un frío que pelaba, concluyó, mientras se frotaba la nariz y los pómulos insensibles con la mano enfundada en la manopla. Lucía bigote y barba, pero el vello facial no le protegía los altos pómulos ni la nariz impaciente, que embestía belicosa el aire gélido.

Pegado a sus talones trotaba un perro esquimal, el genuino perro lobo de pelo gris y carácter muy similar al de su hermano, el lobo salvaje. El animal estaba abrumado por la severidad del frío. Sabía que no era un buen momento para viajar. Su instinto era más certero que el raciocinio del hombre. En realidad no estaban a cuarenta y cinco grados bajo cero; estaban a más de cincuenta grados bajo cero y a más de cincuenta y cinco bajo cero. Estaban a sesenta bajo cero. A sesenta grados por debajo del punto de congelación. El perro no sabía nada de termómetros. Puede que su cerebro ni siquiera tuviera una conciencia del frío extremo tan clara como la del hombre, pero contaba con su instinto. Un temor impreciso aunque amenazador dominaba por completo al animal, lo obligaba a pegarse a los talones del hombre y lo inducía a interrogarse con angustia ante cualquier movimiento imprevisto de éste, como si esperase verlo llegar al campamento o que buscara refugio en alguna parte y encendiera una fogata. El perro conocía el fuego y lo anhelaba; si no el fuego, al menos cobijarse bajo la nieve y hacerse un ovillo bajo su manto cálido, a resguardo del aire.

El gélido vaho de su respiración le cubría la piel con una fina capa de escarcha, sobre todo los morros y las pestañas, teñidos de blanco por el aliento cristalizado. También el bigote del hombre y la barba rojiza se habían congelado, pero en su caso la escarcha era más sólida, cobraba la forma del hielo y aumentaba cada vez que exhalaba el aliento húmedo y cálido. Además, iba mascando

tabaco, y la mordaza de hielo le causaba tal rigidez en los labios que cuando escupía el jugo era incapaz de limpiarse el mentón. El resultado era una barba cristalizada, del color y la consistencia del ámbar, que crecía constantemente y que, si el hombre cayera al suelo, se haría añicos como el cristal. Pero al hombre no le molestaba este apéndice. Era el castigo que los aficionados a mascar tabaco debían pagar en esa región del país, y el hombre ya había pasado dos olas de frío a la intemperie. No fueron tan duras como en esta ocasión, de eso estaba seguro, aunque sabía que el termómetro de alcohol de Sixty Mile llegó a registrar temperaturas de entre cuarenta y cinco y cincuenta grados bajo cero.

Anduvo varios kilómetros por la planicie del bosque, cruzó una amplia llanura cubierta de matorrales y descendió por un barranco hasta el cauce de un riachuelo. Había llegado al arroyo Henderson y sabía que se hallaba a dieciséis kilómetros de la bifurcación. Miró el reloj. Eran las diez en punto. Avanzaba a un ritmo de seis kilómetros por hora y calculaba que llegaría a la bifurcación a las doce y media. Decidió que celebraría el acontecimiento deteniéndose a almorzar en ese punto.

El perro volvió a pegarse a sus talones, abatido y con el rabo entre las patas, cuando el hombre echó a andar con paso inseguro por el lecho del arroyo. Los surcos de la vieja ruta de trineos aún resultaban visibles, pero treinta centímetros de nieve cubrían las huellas de los últimos patines. Nadie había subido o bajado por aquel arroyo silencioso desde hacía un mes. El hombre avanzaba a paso regular. Era poco dado a pensar y en ese momento sólo pensaba en que comería cuando llegase a la bifurcación y en que a las seis de la tarde ya estaría en el campamento con los compañeros. No tenía con quién hablar, y de haberlo tenido, le habría sido imposible, por la mordaza de hielo que le atenazaba la boca, así que siguió masticando tabaco monótonamente y alargando poco a poco su barba de ámbar.

De vez en cuando se reafirmaba en la idea de que hacía mucho frío, que nunca había sentido tanto frío. Se frotaba mecánicamente las mejillas y la nariz con el dorso de una mano enfundada en la manopla, alternando la derecha con la izquierda; pero en el preciso instante en que

dejaba de frotarse, las mejillas se le entumecían y un segundo después se le dormía la punta de la nariz. Estaba seguro de que tenía las mejillas heladas; lo sabía y lamentaba profundamente no haber ingeniado algo para cubrirse, como hacía Bud en los días muy fríos, que se protegía la nariz y las mejillas con una banda de tela. Pero tampoco era para tanto. ¿Qué importancia tenían unas mejillas heladas? Sólo dolían un poco, nada más; nada grave.

Aunque poco dado al pensamiento, era muy observador y reparaba en los cambios en el arroyo, en las curvas y los meandros, en los depósitos de troncos y ramas arrastrados por las aguas del deshielo, y miraba con cien ojos dónde ponía los pies. En cierta ocasión, al doblar un recodo se sobresaltó como un caballo espantado, se alejó del lugar por el que iba andando y retrocedió unos pasos por donde había venido. Sabía que el arroyo estaba helado hasta el fondo —ningún arroyo podía contener agua en el invierno ártico—, pero también sabía que había manantiales que brotaban en las laderas y corrían bajo la nieve, sobre la capa helada del arroyo. Sabía que aquellos manantiales nunca llegaban a congelarse, aun con el frío más intenso, y conocía sus peligros. Eran auténticas trampas. Escondían lagunas bajo la nieve que podían alcanzar entre diez centímetros y un metro de profundidad. A veces aparecían cubiertas por una fina capa de hielo de poco más de un centímetro de grosor, oculta a su vez bajo la nieve. Otras veces las capas de agua alternaban con las de hielo, de tal suerte que, si al pisar se rompía la primera, también se romperían las capas sucesivas, y uno podía acabar mojado hasta la cintura.

Por eso le entró tal pánico. Notó que el suelo cedía bajo sus pies y oyó el crujido de la capa de hielo escondida bajo la nieve. Mojarse los pies a esa temperatura era peligroso. Como mínimo se retrasaría, pues no tendría más remedio que detenerse y encender una fogata para calentarse los pies desnudos mientras se secaban los calcetines y los mocasines. Se detuvo a examinar el cauce y las orillas del arroyo y concluyó que la corriente de agua venía de la derecha. Reflexionó unos instantes, frotándose la nariz y las mejillas, y dio un rodeo hacia la izquierda, pisando con cautela y poniendo a prueba el equilibrio a cada paso que daba. Una vez pasado el peligro, se metió en la boca un puñado de tabaco fresco y

reanudó la marcha a un ritmo de seis kilómetros por hora.

En el curso de las dos horas siguientes tropezó con varias trampas similares. Normalmente la nieve que ocultaba las lagunas estaba hundida y presentaba una apariencia glaseada que advertía del peligro. Una vez, sin embargo, se libró por muy poco, y en otra ocasión, presintiendo el riesgo, obligó al perro a ir por delante. El perro se negaba a avanzar. Se resistió hasta que el hombre le dio un empujón, y sólo entonces cruzó a toda prisa la superficie lisa y blanca. El hielo se quebró de repente, y el animal se tambaleó y se alejó en busca de un terreno más firme. Se había mojado las patas delanteras, y el agua se convirtió en hielo en cuestión de segundos. Sin perder un instante, el perro empezó a lamerse el hielo de las patas, se dejó caer sobre la nieve y se arrancó a mordiscos la capa que se le había formado entre las uñas. Reaccionó de este modo por puro instinto. Si no se quitaba el hielo le saldrían heridas. El perro no lo sabía; se limitó a obedecer a un impulso insondable que surgía de lo más hondo de su ser. El hombre sí lo sabía, su raciocino le permitía formarse una opinión, y se quitó la manopla de la mano derecha para ayudarlo a arrancarse los cristales de hielo. No tuvo los dedos expuestos al aire más de un minuto, y le asombró lo deprisa que se le entumecieron. ¡Caramba si hacía frío! Se puso la manopla a toda prisa y se golpeó la mano con furia contra el pecho.

A las doce de la mañana el día alcanzó su momento de máxima claridad, pese a que el sol se encontraba demasiado al Sur, en su viaje invernal, para iluminar el horizonte. La tierra se interponía entre el astro y el arroyo Henderson, y el hombre caminaba bajo el cielo despejado del mediodía sin proyectar sombra alguna. A las doce y media en punto llegó a la bifurcación del arroyo. Se felicitó por el buen ritmo de la caminata. De seguir así, a las seis estaría sin falta con sus compañeros. Se desabrochó la zamarra y la camisa y sacó el almuerzo. Esta acción no le llevó más de quince segundos, que sin embargo bastaron para que el entumecimiento se apoderara de sus dedos. En vez de ponerse la manopla, se golpeó los dedos doce veces contra el muslo. A continuación se sentó a comer sobre un tronco cubierto de nieve. Le asombró la rapidez con que cesaba el escozor que sintió en los dedos al golpearlos contra el

muslo. Ni siquiera tuvo tiempo de probar el pan. Volvió a sacudirse los dedos, se puso la manopla y se descubrió la otra mano para comer. Trató de dar un bocado, pero la mordaza de hielo no se lo permitió. Se había olvidado de encender una fogata para derretirla. Se rió de su descuido y, al hacerlo, advirtió que los dedos de la mano que acababa de dejar expuesta empezaban a entumecerse. También notó que el escozor que había sentido en los dedos de los pies al sentarse se iba atenuando. Se preguntó si sería porque los dedos estaban calientes o porque habían perdido la sensibilidad. Los movió dentro de los mocasines y llegó a la conclusión de que los tenía entumecidos.

Se puso la manopla apresuradamente y se levantó. Estaba un poco asustado. Empezó a dar patadas en el suelo hasta que volvió a sentir el escozor en los pies. Hacía un frío de mil demonios, eso pensó. Aquel hombre de Arroyo Salado no mentía cuando le habló de las bajas temperaturas que llegaban a alcanzarse en esa región. ¡Y él se había echado a reír! Eso demostraba que uno nunca debe estar demasiado seguro de las cosas. Hacía un frío espantoso, no cabía la menor duda. Se puso a dar vueltas, a dar patadas y a mover los brazos, hasta que sintió que entraba en calor. Sacó entonces las cerillas y se dispuso a encender una fogata. Cogió la leña de los matorrales, donde las aguas del deshielo de la primavera anterior habían dejado enredadas algunas ramas secas. Alimentando el fuego con sumo cuidado no tardó en conseguir una rugiente hoguera, y al calor de las llamas pudo fundir el hielo que le cubría el rostro y protegerse mientras almorzaba. Por el momento se había burlado del frío. El perro acogió el fuego con satisfacción y se tendió a la distancia justa para calentarse sin llegar a quemarse.

Cuando hubo terminado, el hombre cargó su pipa y disfrutó tranquila y plácidamente. Luego se puso las manoplas, se ajustó las orejeras y tomó la senda que ascendía por la orilla izquierda del riachuelo. El perro se llevó una desilusión, pues quería quedarse junto al fuego. Aquel hombre no sabía lo que era el frío. Era posible que sus antepasados, generación tras generación, nunca hubieran llegado a conocer el frío, el frío de verdad, el que alcanza los setenta y siete grados por debajo del punto de congelación. El perro sí lo sabía; sus antepasados lo sabían y él había

heredado ese conocimiento. Sabía que no era prudente caminar bajo aquel frío aterrador. A esas temperaturas había que acurrucarse en un acogedor agujero en la nieve y esperar a que una cortina de nubes se tendiera sobre el cielo. Pero el hombre y el perro no tenían una relación de intimidad. El uno era el esclavo del otro, el que se encargaba del trabajo más duro, y las únicas caricias que el animal había recibido eran las caricias del látigo y los broncos y amenazadores sonidos que lo precedían. Por eso no se molestó en comunicar al hombre sus temores. No le preocupaba el bienestar del hombre; era su propia seguridad la que producía esa resistencia a abandonar el fuego. Pero el hombre silbó y emitió los sonidos que acompañaban al látigo, y el perro lo siguió pegado a sus talones.

El hombre se metió en la boca otra bola de tabaco y comenzó a construir una nueva barba de ámbar. Su aliento no tardó en salpicarle el bigote, las cejas y las pestañas de un polvillo blanco. Por lo visto no había tantos manantiales en la margen izquierda del Henderson, y anduvo media hora sin advertir ningún peligro. Y entonces ocurrió. En un lugar donde nada lo indicaba, donde la nieve intacta y blanca daba muestras de ser sólida, el hombre pisó una placa de hielo. No era profunda, pero se hundió hasta las rodillas antes de alcanzar terreno firme.

Se enfureció y maldijo su suerte en voz alta. Confiaba en llegar al campamento a las seis en punto, y el percance le retrasaría lo menos una hora, pues tendría que encender una fogata para secarse los pies. Era imprescindible a tan bajas temperaturas: eso al menos sí lo sabía. Se acercó a la orilla y trepó por el terraplén. En la cima, enredado en la maleza que crecía entre los troncos de los abetos más jóvenes, encontró un depósito de leña, principalmente ramas y ramitas, pero también algunos troncos y hierbas secas de la primavera anterior. Amontonó los troncos más grandes sobre la nieve. Con ellos construiría la base de la hoguera e impediría que la pequeña llama se hundiera en la nieve y la derritiera. Obtuvo la llama prendiendo con una cerilla un trozo de corteza de abedul que llevaba en el bolsillo. La corteza de abedul ardía mejor que el papel. La acercó a la base de troncos y la alimentó con hebras de hierba seca y las ramas más finas.

Trabajó despacio, con paciencia, muy consciente del peligro que corría. Poco a poco, conforme la llama cobraba intensidad, fue aumentando el tamaño de las ramas con las que alimentaba la fogata. Se acuclilló en la nieve para extraer la maraña de ramas enredada en los arbustos y arrojarlas al fuego. Sabía que no podía permitirse el más mínimo error. Un hombre no puede fracasar en su primer intento de encender una fogata cuando se encuentra a sesenta grados bajo cero con los pies mojados. Si fracasa, pero tiene los pies secos, aún puede recorrer otro kilómetro para restablecer la circulación de la sangre, pero a sesenta bajo cero es imposible restablecer la circulación de la sangre en unos pies mojados y helados. Por mucho que uno corra los pies se terminan congelando.

El hombre lo sabía. El veterano de Arroyo Salado se lo había contado el otoño anterior, y ahora agradecía sus consejos. A esas alturas ya no sentía los pies. Para encender la hoguera había tenido que quitarse las manoplas y se le habían entumecido los dedos. La caminata a razón de seis kilómetros por hora permitió que el corazón siguiera bombeando sangre a las extremidades y la superficie de su cuerpo, pero el ritmo del bombeo disminuyó en el instante en el que se detuvo. El frío azotaba sin piedad esa esquina desprotegida del planeta, y el hombre, por encontrarse allí, recibía el castigo en todo su rigor. La sangre retrocedía ante el azote del frío. La sangre estaba viva, como el perro, y como el perro quería esconderse, ponerse al abrigo de aquel frío glacial. Mientras había seguido en marcha, a razón de seis kilómetros por hora, el corazón, mal que bien, había logrado bombear la sangre, pero al quedarse quieto, el flujo sanguíneo retrocedió y se replegó hacia las cavidades más profundas de su cuerpo. Las extremidades fueron las primeras en acusar su ausencia. Los pies mojados se congelaban más deprisa, y los dedos, sin las manoplas, se entumecían a gran velocidad, aunque aún no estaban helados. Empezaba a notar la congelación en la nariz y las mejillas, al enfriarse la piel con la retirada del flujo sanguíneo.

Pero estaba a salvo. La congelación sólo afectaría a la nariz, las mejillas y los dedos de los pies, porque la fogata ya comenzaba a arder con fuerza. La alimentaba con ramas del grosor de un dedo. En cuestión de un minuto podría arrojar

troncos del grosor de la muñeca, y entonces se quitaría los mocasines y los calcetines mojados y se calentaría los pies al fuego, frotándolos primero con nieve, naturalmente. La fogata era un éxito. Estaba a salvo. Recordó los consejos del veterano de Arroyo Salado y sonrió. El anciano había enunciado solemnemente la ley según la cual ningún hombre debe viajar solo por la región del Klondike a cuarenta y cinco grados bajo cero. Pues bien, allí estaba él: había sufrido un accidente, iba solo y se había salvado. Esos veteranos a veces eran unos cobardicas, pensó. Lo único que tenía que hacer un hombre era no perder la cabeza, y eso estaba haciendo él. Un hombre de verdad podía viajar solo. Le sorprendía, no obstante, la velocidad con que se congelaban la nariz y las mejillas, y jamás había sospechado que los dedos pudieran quedarse sin vida en tan poco tiempo. Sin vida estaban los suyos, pues a duras penas lograba moverlos para alcanzar una rama, y los sentía muy lejos de su cuerpo, ajenos a él. Cada vez que cogía una rama tenía que mirar para cerciorarse de que la había sujetado. Apenas había contacto entre su cerebro y las yemas de los dedos.

Nada de esto importaba gran cosa. Contaba con el fuego, que restallaba, chisporroteaba y encerraba una promesa de vida en cada una de sus llamas juguetonas. Empezó a desatarse los mocasines cubiertos de hielo. Los gruesos calcetines alemanes se habían convertido en fundas de hierro que le llegaban hasta las pantorrillas, y los cordones de los zapatos en varas de acero torcidas y enredadas por una conflagración. Trató de desatarlos con los dedos entumecidos y, tras comprender que sería inútil, sacó su cuchillo.

Pero no llegó a cortar los cordones. La culpa era suya o, mejor dicho, había cometido un error. No debió encender la fogata debajo de un árbol. Tendría que haberla encendido en campo abierto, pero le pareció más sencillo desprender las ramas de los matorrales y arrojarlas directamente al fuego. Resultó que el árbol en cuestión estaba cubierto de nieve. Hacía semanas que no soplaban el viento y las ramas estaban muy cargadas. Cada vez que tiraba de una rama producía una leve agitación en el árbol, una sacudida imperceptible para él, pero suficiente para desencadenar el desastre. Una de las ramas más altas se desprendió de su carga de nieve. La nieve se

acumuló en las ramas inferiores y el proceso fue repitiéndose y propagándose por todo el árbol. Cobró la fuerza de una avalancha y cayó sin previo aviso sobre el hombre y la fogata, sepultándola bajo la nieve. Donde antes ardían las llamas ahora sólo quedaba un montón de nieve fresca y desordenada.

El hombre estaba atónito, como si acabara de recibir su sentencia de muerte. Se quedó un rato inmóvil, contemplando el lugar donde momentos antes ardía el fuego. Se levantó muy despacio. El veterano de Arroyo Salado quizá estuviera en lo cierto. Si tuviera un compañero de viaje su vida no correría peligro. Su compañero podría volver a encender la hoguera. El caso es que no tenía más remedio que hacerlo él mismo, y esta vez no podía permitirse ningún error. Aunque lo lograra, probablemente perdería algunos dedos de los pies. A esas alturas ya debían de estar congelados, y aún tardaría un buen rato en encender el fuego.

Tales fueron sus pensamientos, pero no se quedó sentado a cavilar. Estuvo atareado mientras estas ideas le pasaban por la cabeza. Construyó la base de la nueva fogata esta vez en un claro, donde ningún árbol traicionero pudiera sepultarla. Reunió luego un montón de hojas secas y ramas finas arrastradas por la crecida del deshielo. Aunque no acertaba a cogerlas con los dedos, una a una, consiguió sacar un manojo. Al hacerlo arrancó muchas ramas podridas y trozos de musgo verde que eran peligrosos, pero no pudo evitarlo. Trabajó metódicamente y hasta logró reunir un haz de las ramas más gruesas con intención de usarlas más adelante, cuando el fuego cobrara fuerza. El perro no dejó de observarlo en ningún momento, con la ansiedad reflejada en sus ojos, pues lo consideraba el proveedor del fuego, y el fuego tardaba en llegar.

Cuando tuvo todo a punto, se llevó una mano al bolsillo para sacar otro trozo de corteza de abedul. Sabía que estaba allí: no la sentía con los dedos, pero la oía crujir al buscarla a tientas. Por más que se esforzaba no acertaba a cogerla. Y entretanto no podía quitarse de la cabeza la idea de que los pies seguían congelándose a cada segundo. Este pensamiento lo llenó de pánico, pero trató de combatirlo y conservar la calma. Se puso las manoplas con ayuda de los dientes y empezó a agitar los brazos y a sacudir las manos contra los costados con todas sus fuerzas, primero

sentado y luego de pie. El perro seguía sentado en la nieve, con su densa cola de lobo enroscada entre las patas delanteras para darse calor y sus orejas de lobo muy tiesas e inclinadas hacia delante, sin apartar sus ojos del hombre. Y mientras agitaba los brazos y sacudía las manos, invadió al hombre un sentimiento de enorme envidia por aquel animal, caliente y seguro bajo su manto de piel natural.

Al cabo de un rato notó las primeras señales remotas de que sus dedos ateridos recuperaban alguna sensación. El leve cosquilleo inicial cobró fuerza gradualmente hasta convertirse en un dolor agudo, insoportable, que él recibió no obstante con gran satisfacción. Se quitó la manopla de la mano derecha y buscó la corteza de abedul. Los dedos desprotegidos volvían a entumecerse muy deprisa. Acto seguido sacó la caja de fósforos, pero el frío, tremendo, había acabado con la vida de sus dedos. En el intento de separar una cerilla de las demás se le cayó el montón en la nieve. Trató de recogerlo y no pudo. Los dedos, muertos, no eran capaces de doblarse. Puso el mayor de los cuidados. Apartó de su cabeza la idea de que los pies, la nariz y las mejillas se estaban congelando y se entregó en cuerpo y alma a la tarea de recoger las cerillas. Miró con atención, sirviéndose de la vista en lugar del tacto, y cuando comprobó que los dedos estaban a cada lado del montón de cerillas, los cerró, o mejor dicho quiso cerrarlos, porque los nervios ya no funcionaban y los dedos no obedecieron. Se puso la manopla derecha y se golpeó la rodilla con furia. Luego, con las dos manos enfundadas, recogió el montón de cerillas, mezclado con un puñado de nieve, y se lo puso en el regazo. Pero no había avanzado gran cosa.

Tras numerosos intentos, sin quitarse las manoplas, por fin logró apresar el montón de cerillas con la base de las manos y llevárselo a la boca. La mordaza de hielo que le cubría los labios crujió y se quebró cuando, tras un violento esfuerzo, consiguió separarlos. Contrajo la mandíbula inferior, curvó hacia dentro el labio superior para que no interfiriera y atrapó el montón entre los dientes con intención de separar una cerilla. Superó la prueba y dejó caer la cerilla sobre el regazo. Pero seguía sin avanzar gran cosa. No podía cogerla. Entonces se le ocurrió una idea. La sujetó entre los dientes y la frotó contra la rodilla. Veinte veces tuvo que

frotar hasta que logró encenderla. Sin soltarla de los dientes acercó la cerilla a la corteza de abedul, pero el azufre que desprendía la llama le entró por la nariz, llegó a sus pulmones y le produjo un ataque de tos. La cerilla cayó en la nieve y se apagó.

El veterano de Arroyo Salado tenía razón, pensó, en el momento de desesperación contenida que siguió a este incidente, cuando le aseguró que a cuarenta y cinco grados bajo cero hay que viajar siempre acompañado. Sacudió las manos, mas no logró despertar en ellas ninguna sensación. Se quitó las manoplas con los dientes y atrapó el montón de cerillas con la base de las manos. Los músculos de los brazos aún no se habían congelado y le permitieron sujetar las cerillas con fuerza. A continuación las frotó contra la pierna. ¡Setenta fósforos prendieron a la vez! No soplaban viento alguno que pudiera apagarlos. Apartó la cabeza para protegerse del humo sofocante y arrimó el montón de cerillas ardiendo a la corteza de abedul. Mientras lo hacía tomó conciencia de una sensación en la mano. Se estaba quemando. Oía a carne chamuscada y lo sentía muy dentro de la piel. Esta primera sensación se convirtió en un dolor intenso. Aún así lo soportó, sosteniendo la llama torpemente para prender la corteza de abedul, que no se encendía, porque las manos se interponían en el camino y absorbían la mayor parte del fuego.

Cuando no pudo resistir más, separó las manos de golpe. Las cerillas chisporrotearon al caer en la nieve, pero la corteza de abedul había prendido. Comenzó a alimentar la llama con hierbas secas y ramas finas. No podía elegir, pues tenía que cogerlas con la base de las manos. Separaba con los dientes, como buenamente podía, los trozos de musgo verde y madera podrida mezclados con las ramas, y protegía celosamente la llama, pues de esa llama dependía su vida y no podía permitir que pereciera. La sangre se retiró de la superficie de su cuerpo y el hombre empezó a tiritar, de tal modo que sus movimientos se volvieron más torpes. Un trozo de musgo verde cayó sobre su pequeña llama. Probó a apartarlo con los dedos, pero el temblor no le permitía calcular la distancia y terminó desbaratando el núcleo de la hoguera, al separar y desperdigar en el intento las hierbas y las ramas que ya habían prendido. Trató de reunir las de nuevo, pero por más empeño que puso en la faena, el temblor se salió con la suya y

las ramas se dispersaron sin remedio. Cada rama soltó una bocanada de humo y se apagó. El proveedor del fuego había fracasado. Miró en torno con abatimiento y reparó por casualidad en el perro, que seguía sentado en la nieve, junto a las ruinas de la fogata, y se rebullía de inquietud, levantando primero una pata y luego la otra para cambiar alternativamente el peso de su cuerpo con ávida impaciencia.

Al verlo tuvo una ocurrencia descabellada. Recordó haber oído la historia de un hombre que, atrapado en una tormenta de nieve, mató un ciervo, lo abrió en canal y se salvó introduciéndose en su cuerpo. Mataría al perro y hundiría las manos en sus cálidas entrañas hasta que el entumecimiento desapareciera. Después podría encender otra fogata. Llamó al perro para que se acercara, pero el animal detectó una extraña nota de temor en la voz del hombre y se asustó, pues nunca lo había oído hablar de ese modo. Algo pasaba, y su naturaleza desconfiada presintió el peligro: ignoraba cuál era el peligro, mas por alguna razón, en algún rincón de su cerebro despertó el miedo al hombre. Agachó las orejas, y sus movimientos, su inquietud, su manera de rebullirse y de levantar alternativamente las patas delanteras se acrecentaron, pero no se acercó. El hombre se puso a cuatro patas y se arrastró hacia él. Tan insólita postura volvió a despertar las sospechas del perro, que se apartó atemorizado.

El hombre se sentó un momento en la nieve y luchó por no perder la calma. Acto seguido se puso las manoplas con ayuda de los dientes y se incorporó. Tuvo que mirar el suelo para cerciorarse de que se había levantado, porque la ausencia de sensibilidad en los pies no le permitía notar el contacto con la tierra. Los celos del perro se disiparon al ver al hombre erguido, y cuando éste volvió a hablarle en tono autoritario, con el sonido del látigo en su voz, el animal hizo gala de su lealtad y volvió a su lado. Viendo que lo tenía al alcance de la mano, el hombre perdió los nervios. Lanzó los brazos para capturarlo y se llevó una sorpresa mayúscula al descubrir que las manos no respondían, que no podía moverlas y que no sentía los dedos. Había olvidado que estaban congelados y que el proceso se agravaba por momentos. Todo esto ocurrió muy deprisa, y antes de que el animal pudiera escapar, lo atrapó con los brazos. Se sentó en la nieve para agarrarlo

bien, porque el perro no paraba de gruñir, de gemir y de forcejear.

Pero sujetarlo con los brazos era lo único que podía hacer. Comprendió que no podía matarlo. Era imposible. Con las manos congeladas no podía ni empuñar el cuchillo ni estrangularlo. Lo soltó, y el perro huyó corriendo con el rabo entre las patas, sin dejar de gruñir. Se detuvo a algo más de diez metros y examinó al hombre con gesto de curiosidad, las orejas muy erguidas e inclinadas hacia delante. El hombre se buscó las manos con la mirada y las vio colgadas de los extremos de sus brazos. Le pareció muy raro que tuviera que servirse de los ojos para encontrar sus manos. Empezó a agitar los brazos y a sacudirse las manos contra los costados. Así estuvo cinco minutos, con todas sus fuerzas, hasta que el corazón empezó a bombear la sangre suficiente para detener los temblores. Pero seguía sin sentir las manos. Tenía la sensación de que colgaban como pesos muertos de los extremos de sus brazos, pero si trataba de seguir el rastro de esa sensación no lo encontraba.

Le asaltó el miedo a la muerte, un miedo oscuro y angustioso. El temor se agudizó al comprender que ya no se trataba de la congelación de los dedos de las manos o los pies, ni siquiera de la posibilidad de perder las manos y los pies, sino que era cuestión de vida o muerte y las circunstancias obraban en su contra. La idea le causó pánico. Dio media vuelta y echó a correr por el viejo camino, apenas perceptible, que discurría por el lecho del arroyo. El perro lo siguió sin separarse de su lado. Corría ciegamente, sin propósito alguno, presa de un terror como no había sentido en toda su vida. Poco a poco, sin dejar de tambalearse y de hundirse en la nieve, comenzó a ver de nuevo el paisaje circundante: las orillas del arroyo, los montones de ramas acumuladas, los álamos desnudos y el cielo. La carrera le hizo sentirse mejor. Ya no tiritaba. Tal vez, si seguía corriendo, los pies se descongelarían, incluso era posible que si corría lo suficiente lograra llegar al campamento con sus compañeros. Perdería varios dedos de las manos y los pies y parte de la cara, de eso estaba seguro, pero los muchachos se ocuparían de cuidarlo y salvarían el resto de su cuerpo. Sin embargo, otro pensamiento le decía al mismo tiempo que jamás llegaría al campamento, que se encontraba a muchos kilómetros, que los síntomas de

congelación se habían apoderado de él, y que pronto estaría agarrotado y muerto. Relegó este pensamiento a un lugar más recóndito de su mente, y se negó a analizarlo. La idea pugnaba a veces por hacerse oír, pero volvía a apartarla y se esforzaba en pensar en otras cosas.

Le extrañó que pudiera correr con los pies tan helados, pues ni siquiera los sentía al pisar el suelo y cargar sobre ellos todo el peso de su cuerpo. Tenía la sensación de deslizarse sobre la superficie de la tierra sin apenas rozarla. Una vez, en alguna parte, recordaba haber visto un Mercurio alado, y se preguntó si Mercurio sentiría lo mismo que él al pasar rozando la tierra.

La teoría de seguir corriendo hasta el campamento tenía un fallo: no aguantaría. Varias veces tropezó y al final perdió pie y cayó al suelo. Trató de levantarse, pero no pudo. Decidió sentarse, descansar un rato y reanudar la marcha al paso en lugar de correr. Mientras recuperaba el aliento percibió una sensación de tibieza y bienestar. Los temblores habían cesado y hasta le pareció sentir un calor muy agradable en el pecho y el tronco. Sin embargo, cuando se tocaba la nariz o las mejillas no experimentaba ninguna sensación. Correr no había servido para descongelarlas. Tampoco para descongelar las manos y los pies. Volvió a asaltarle la idea de que la congelación se estaba extendiendo por todo su cuerpo. Hizo cuanto pudo por sofocar este pensamiento, por olvidarlo, por pensar en otra cosa, pues era consciente del pánico que le causaba y tenía miedo al pánico. Pero el pensamiento persistió y ganó terreno hasta que le produjo una visión de su cuerpo congelado. No pudo soportarlo y otra vez echó a correr por el arroyo. Al cabo de un rato aminoró el paso y siguió andando, pero la idea de que la congelación seguía extendiéndose le hizo lanzarse de nuevo a la carrera.

Y cada vez que corría el perro corría tras él, pegado a sus talones. Cuando cayó por segunda vez, el animal metió la cola entre las patas delanteras, se sentó frente a él y lo miró fijamente, con honda curiosidad. Ver al perro caliente y a salvo llenó al hombre de furia, y lo maldijo hasta que el animal agachó las orejas con aire suplicante. Esta vez el temblor se apoderó de él en menos tiempo. Estaba perdiendo la batalla contra el hielo, que atacaba desde todos los



flancos. La idea lo animó a seguir adelante, pero no pudo avanzar más de treinta metros antes de tropezar y caer de momento de pánico. Cuando recuperó el aliento y logró dominarse, se sentó en la nieve y pensó que debía encarar la muerte con dignidad. La idea no se presentó en estos términos. Primero pensó que había hecho el ridículo al correr por ahí como un pollo decapitado, tal fue el símil que le vino a la cabeza. Si estaba condenado a morir de frío, lo afrontaría con decencia. Y con esta nueva paz de espíritu se presentaron los primeros síntomas de sopor. ¡Qué buena idea, se dijo, morir mientras dormía! Como anestesiado. La congelación no era tan mala como pensaba la gente. Había muchas maneras peores de morir.

Se imaginó que sus compañeros encontrarían su cadáver al día siguiente. De buenas a primeras, se vio avanzando junto a ellos en busca de su propio cuerpo. Y todavía con ellos dobló un recodo del camino y se encontró tendido en la nieve. Su cuerpo ya no le pertenecía, lo había abandonado y se encontraba con los muchachos, contemplándose tendido en la nieve. La verdad es que hacía mucho frío. Cuando volviera a Estados Unidos podría contar a su familia y a sus amigos el frío que hacía. A esta visión le siguió una imagen del veterano de Arroyo Salado. Lo vio con absoluta nitidez, cómodo y caliente, fumando una pipa.

«Tenías razón, amigo mío, tenías razón», susurró el hombre al veterano de Arroyo Salado.

Y se dejó envolver por el sueño más placentero que había conocido en su vida. El perro seguía sentado frente a él, a la espera. El breve día daba paso al largo y lento crepúsculo. Nada indicaba que el hombre fuera a encender una fogata, además, el perro nunca había visto a un hombre sentado así, en la nieve, sin hacer antes una buena hoguera. A medida que avanzaba el crepúsculo el ansia del fuego se apoderó del perro, que no paraba de levantar las patas para cambiar el peso de la una a la otra, al tiempo que gemía débilmente y agachaba las orejas presagiando el castigo del hombre. Pero el hombre seguía en silencio. Al cabo de un rato el perro lanzó un gemido más hondo. Y aún después se acercó al hombre y detectó el olor de la muerte. Se erizó y retrocedió. Se quedó un poco más a su lado, aullando bajo las estrellas que

cabrilleaban en el cielo luminoso y frío. Por fin dio media vuelta y se alejó por el camino a trote ligero, en dirección al campamento, donde se encontraban los otros proveedores de alimento y de fuego.